

EL MEDITERRÁNEO: UNA REFLEXIÓN PARA EL NUEVO MILENIO

María Dolores Algora Weber
Universidad San Pablo CEU.

La última década comenzó con nuevas perspectivas para el Mediterráneo. En la Conferencia de Palma de Mallorca, Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE), las autoridades europeas, por iniciativa hispano-italiana, se comprometieron a la celebración de una Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en el Mediterráneo (CSCM) siguiendo el modelo continental: el de la Conferencia de Helsinki celebrada en el año 1975.

Bajo esta perspectiva, en el año 1995 la Conferencia de Barcelona inició un proceso en el que se ha ido desarrollando el encuentro de la orilla norte y la orilla sur para el diálogo. Precisamente en noviembre de 2000, tuvo lugar en Marsella lo que ha venido a llamarse «Barcelona IV».

Si algo ha caracterizado a este proceso ha sido sin duda el esfuerzo diplomático y político por conseguir un verdadero entendimiento de igual a igual con los países no europeos del Mediterráneo. Ha surgido la fórmula del «partenariado». Sin embargo el camino recorrido no ha sido nada fácil. La intención de todos los Estados se ha traducido en un esfuerzo por consolidar la confianza mutua en todos los aspectos que afectan a nuestras sociedades. Pero la realidad no ha avanzado de forma paralela a la voluntad. Es más, si algo podemos constatar precisamente en estos momentos, es que todavía muchos de los temas que al principio de los años noventa se determinaron como necesarios y urgentes de resolver, siguen pendientes al final de la centuria. Hagamos un repaso de los aspectos fundamentales.

Debemos recordar que el Diálogo Euromediterráneo siempre quiso estar separado de otros procesos paralelos como fue el Proceso de Paz del Oriente Próximo. Sin embargo, aunque esta división, tenía sus ventajas de cara a aspectos económicos como era la creación de una zona de libre comercio para el 2010 entre Europa y el Magreb, los hechos reales demuestran que esta separación no puede producirse en la práctica. Recientemente durante los meses de preparación en las cancillerías europeas para el encuentro en Marsella, el Oriente Próximo ha puesto en tela de juicio el valor que puede seguir teniendo este proceso si persiste la violencia entre palestinos e israelíes. El Proceso de Paz puede quedar al margen, incluso también podría hacerlo la Política Exterior de Seguridad y Cooperación Europea con el mundo árabe en su conjunto, que en este último año ha tomado forma concreta a través del señor Solana, pero entonces ¿tiene sentido hablar de confianza mutua?, ¿tiene sentido redactar una Carta de Seguridad y Estabilidad para el Mediterráneo? El diálogo carece de lógica si se separan procesos que por su naturaleza están

íntimamente relacionados. Ya es difícil mantener este diálogo entre europeos y árabes, alejándolo en lo posible del Diálogo Mediterráneo de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), pero querer distanciar lo económico y social de lo político, es una completa ficción. En otras palabras, sin la paz en todas las orillas que cubre la cuenca mediterránea, el Proceso de Barcelona no habrá sido más que un sueño. Un lugar común en el que como nunca había ocurrido antes, se han dedicado esfuerzos en todos los ámbitos, pero un lugar que no encontrará un espacio adecuado para consolidarse.

El nuevo contenido de los conceptos en las relaciones del Mediterráneo

Quisiera insistir en algún planteamiento de los ya mencionados, que considero importante para entender a los países árabes, no como un conjunto aislado, sino en su posición internacional, mediterránea en concreto.

Un análisis de la sociedad internacional nos obliga de entrada a entrecomillar algunos de los términos que con frecuencia se utilizan en este ámbito: «seguridad» y «cooperación». En la evolución internacional que ha tenido lugar desde comienzos de la década de los noventa, ambos términos han tomado nuevos sentidos. El concepto de «seguridad» ha perdido, en gran medida, su carácter belicista. Hoy al emplearlo ya no nos referimos exclusivamente a los medios y estrategias militares, sino que por el contrario, nos referimos a los mecanismos que nos conduzcan a no tener nunca que poner en funcionamiento dichos medios y estrategias.

En otras palabras, la concepción tradicional ha ido dejando paso al que es nuestro segundo término, la «cooperación» internacional. Concepto éste que no sólo nos introduce en lo que es la firme predisposición europea: la formación de una auténtica «cultura de la paz», sino que además dignifica a las partes que se ven afectadas por ésta. Ya no hablamos de ayudas benéficas, sino de ayudas a un desarrollo sostenido. Nos estamos refiriendo a una firme voluntad de colaboración entre los países, diría más, al firme convencimiento de la necesidad de entendimiento entre las distintas esferas internacionales en beneficio mutuo. El desarrollo es un hecho tan fundamental para países receptores como para emisores, si queremos hablar de estabilidad internacional en el futuro. Realmente, si es cierto que el siglo XXI veremos en breve un orden mundial caracterizado por la «globalización», lo que es evidente es que ha llegado la hora de evitar los desequilibrios acentuados entre zonas vecinas, como son el norte y el sur del Mediterráneo. Decía el profesor Martínez Montávez que habrá que crear una «filosofía» y una «ética» de la cooperación.

Si estos cambios terminológicos se han producido, ello es sin duda consecuencia de las transformaciones de la realidad internacional. El orden definido por los parámetros Este-Oeste durante los últimos casi cincuenta años sucumbió en el año 1990, siendo sustituido por lo que alguno se ha atrevido a denominar el «desorden» Norte-Sur. Si hay un lugar en el que esta presión sea especialmente notoria es en el Mediterráneo. Es decir, al hablar hoy del Magreb no podemos hacerlo sin la alusión a los países ribereños de Europa. El contexto internacional conduce a una inevitable interrelación entre ambas orillas. Las percepciones unilaterales han ido perdiendo sentido a lo largo de esta década.

Al abordar las relaciones que se han desarrollado en los últimos años dentro de este contexto, aparece ante nosotros un tema de suma amplitud en el que hay todavía muchos asuntos pendientes. Es un extenso panorama compuesto de problemas, desafíos y perspectivas para el nuevo milenio. Los hechos ocurridos y la política renovada desde el inicio de la década, han demostrado que estos conceptos están relacionados entre sí, en un marco internacional que en muchas ocasiones se nos muestra imprevisible.

No es mi intención desalentar el diálogo con este planteamiento, o caer en la demagogia. Muy al contrario, pretendo perfilar en la medida de lo posible la realidad ante la que estamos. Intento plantear en primer lugar la complejidad que implica el diálogo que debemos establecer en el Mediterráneo. Sólo asimilando la dificultad que ello supone, podremos encontrar soluciones auténticamente válidas. Y aquí radica el gran reto en el que se resumen todos los demás. No debemos olvidar que el Diálogo Mediterráneo es esencialmente euro-árabe.

Nos encontramos por tanto ante la relación entre dos civilizaciones universales distintas. No significa ello que sean extrañas la una a la otra. Tan sólo refiriéndonos al siglo xx, el Sur, por motivos históricos, ha conocido lo europeo occidental en una profundidad mucho mayor que en el caso contrario. Hoy en día varios países del norte del Mediterráneo, uno de ellos por ejemplo Francia, cuenta con un elevado número de musulmanes, magrebíes concretamente, integrados en su sociedad. Sin embargo, a pesar de la proximidad en lo geográfico, se mantiene la lejanía en lo cultural. Es una paradoja inevitable, al menos a corto plazo. Ésta es la base desde la que debemos entendernos, analizarnos mutuamente. Hablar como pretenden algunos de una «cultura mediterránea» hoy por hoy, en mi opinión basada en la experiencia directa, es una auténtica utopía. Muy bien lo expresa Jacques de Barrin al decir que «el Mediterráneo más que un mar interior es una gran ambición». La geografía ha de ser un motor para el diálogo entre los distintos «mediterráneos», pero es muy probable que nunca llegue a ser un factor que se sobreponga a la diferencia de las sociedades humanas que circundan esta cuenca.

Es en definitiva en «la diversidad» en la que debemos encontrarnos y en la que ha volcado todos sus esfuerzos el Proceso de Barcelona a través de sus conferencias internacionales en los últimos años de la década. Es difícil pero no imposible. Esto no debe conducir a la incomprensión y al alejamiento. El Mediterráneo no debe convertirse en ejemplo para las corrientes catastrofistas, que estuvieron en su día tan de moda vaticinando el «choque de las civilizaciones». No debemos permitir que este augurio se asiente en nuestras mentalidades como un hecho inevitable. En el nuevo siglo deberemos mostrar los resultados de nuestra «beligerancia por la paz» en las líneas divisorias. Para este acercamiento es necesario un conocimiento mutuo al mismo nivel. Pero también una clara voluntad que permita mantener el diálogo a pesar de todas las concesiones y sacrificios que ambas partes tendrán que hacer. El Norte deberá poner fin a su tradicional desconfianza en las capacidades del Sur. Éste, a su vez, deberá poner fin su tradicional recelo hacia las intenciones del Norte. En este sentido es en el único en el que podrá realizarse la «cooperación» y mantenerse la «seguridad».

Avances y retrocesos en el Proceso de Barcelona

Desequilibrios encontramos en cualquiera de las dimensiones Norte-Norte, Norte-Sur o Sur-Sur. En cuanto al Magreb, sólo el repaso de los objetivos que se vienen pretendiendo alcanzar en el Proceso de Barcelona, con mejor o peor éxito, nos ponen claramente de manifiesto todos los problemas, desafíos y perspectivas por las que atraviesa esta región, a los que inevitablemente, habrá que sumar los del Oriente Próximo como hemos dicho.

Para una CSCM, como fue la de Marsella a mediados del pasado mes de noviembre, los principios se resumían en el respeto a la integridad territorial, inviolabilidad de las fronteras, no uso de la fuerza y el arreglo pacífico de controversias, por una parte. El code-sarrollo y solidaridad económica y financiera, por otra. Y por último, la tolerancia, convivencia y comprensión entre culturas. Estos pilares, al menos en teoría, deberían haber conducido hacia un marco de estabilidad en el Mediterráneo. Sin embargo, el ritmo de los acontecimientos parece forzarnos, especialmente desde lo sucedido en el otoño del año 2000, a buscar más que soluciones definitivas, de momento, al menos salvar los mecanismos para que prevalezca el diálogo. El repaso sólo general del Magreb y el Maçrek (Oriente Próximo), evidencia la obligada pervivencia de una plataforma mediterránea permanente como es la del Proceso de Barcelona, estructurada en diversos grupos de trabajo por materias con gestores y ejecutores especializados. De aquí se deduce la importancia capital del empeño que desde la política y la diplomacia se viene realizando como apoyo imprescindible a este gran proyecto. Después de años de funcionamiento, deberíamos empezar a recoger frutos, pero es obvio que no estamos en los mejores momentos.

En materia de seguridad, los Estados europeos se han incorporado a los «nuevos conceptos estratégicos» que ha venido exigiendo el panorama internacional. Se ha avanzado en la tecnología punta del armamento, en sus unidades militares (fuerzas rápidas y flexibles, operaciones de apoyo a la paz, etc.). Sin embargo, queda todavía por definir claramente las competencias de la OTAN y el futuro «Ejército europeo», tras el reciente recorte de funciones de la Unión Europea Occidental (UEO). Los límites de actuación de estas estructuras en ocasiones siguen solapándose. En cierto modo lo que aparece como un avance, todavía tiene sus aspectos opacos. Los Estados europeos con sus modificaciones han adecuado mejor sus instrumentos a sus necesidades, pero no han logrado hacerse con la confianza de los Estados del Sur. Pero si quedan asuntos pendientes en nuestra orilla, mucho más grave aparece el panorama en la de enfrente. Los países del Magreb deberían estar concienciados de la necesidad de frenar sus carreras de armamento. En relación con el Mediterráneo, no se puede alcanzar entendimiento alguno en esta materia mientras haya países, que al margen de su eventual voluntad de consenso, sigan invirtiendo gran parte del presupuesto del Estado en mejorar sus capacidades bélicas. Estoy refiriéndome al caso concreto de Libia. Posición que además invita a trazar separaciones entre el Magreb central y el periférico. Pero además los conflictos internos del Magreb dificultan estas medidas.

Las consecuencias de esta inestabilidad larvada se traducen en varios aspectos, pero entre ellos resaltemos el hecho de que las fuertes inversiones de este tipo, merman notablemente las posibilidades de atenciones sociales a sus habitantes. Es imprescindible por

parte de las autoridades árabes en general, comprometerse en el concepto de «seguridad compartida» que debe imperar no sólo en las relaciones inter-árabes sino también en la euro-árabe. En Marsella el gran objetivo, el que querían protagonizar los franceses, era éste precisamente. Pero a la vista de los resultados del encuentro internacional, ¿quién puede decir que finalmente se consolidarán los logros de la última década?, ¿quién continuará el diálogo sobre la estabilidad al hilo de los estallidos de violencia en la orilla del Macrek?, ¿es que la Carta de Seguridad tendrá alguna validez, si los Estados la asumen como una declaración de principios y quedan libres de comprometerse?, etc. Los acontecimientos del Oriente Próximo como era de suponer han condicionado los acuerdos que debían haberse alcanzado en este sentido. Tristemente, ahora más que nunca, deberá cuestionarse qué podrá permanecer de los esfuerzos realizados en estos diez años.

En lo que se refiere a materia de cooperación. El ámbito de actuación como redacté al principio es muy amplio. Comenzando una aproximación por el terreno económico, es obligado reconocer el contenido real con el que ya se cuenta, a pesar de que los resultados no han sido siempre los esperados por diversos motivos, que pueden ir desde fallos técnicos en la redacción de los acuerdos, hasta la incapacidad de su cumplimiento una vez puestos en funcionamiento. Los países europeos desde los años setenta han favorecido una política comercial y financiera con los Países Terceros Mediterráneos entre los que están los del Magreb y el Macrek. Pero concretamente en los últimos años se ha venido redoblando el esfuerzo y se han puesto en marcha los créditos del Plan MEDA I (1995-1999) y MEDA II (2000-2006). (Programas de medidas financieras y técnicas para reformas sociales y económicas en el marco de la cooperación euromediterránea).

Por otro lado la ampliación de la Comunidad Europea con países mediterráneos europeos como Grecia, España y, admitamos en esta consideración a Portugal, obligó a reajustes importantes en el momento de su ingreso, pero sus repercusiones no han dejado de sentirse en los casi quince años transcurridos desde entonces. Otros países ribereños, tales como Marruecos muy especialmente, se han visto perjudicados al basar su competencia en productos agrícolas y pesca. En el marco de la política renovada para el Mediterráneo se han buscado, y habrá que seguir tratando de alcanzar soluciones. El desafío más ambicioso en este sentido, es la creación de un «espacio de libre comercio» que podría ser una realidad alcanzable en el 2010. La liberalización progresiva de las economías magrebíes y el acceso preferencial de sus productos, constituirían las bases de un desarrollo económico sustancial, con enormes repercusiones en lo político y social. No se puede hablar de justicia y libertad sin prosperidad. Los beneficios de la circulación de productos en ambas direcciones son el antecedente para la circulación de mentalidades.

En este punto es en el que se han tenido que revisar muy serios problemas todavía por resolver. Tal ha sido la situación de las economías dirigidas del Magreb, que entorpecían la creación de economías de mercado sólidas y coherentes. En este sentido hay que valorar los esfuerzos realizados por Túnez, cuyo desarrollo ha experimentado un notable ascenso en los últimos años. Argelia ha pretendido una liberalización de su mercado, aunque los problemas internos de índole político-económico sigan impidiendo un progreso que podría elevar el país a un nivel de prosperidad social importante, especialmente teniendo en cuenta que sus recursos son fuente natural de productos energéticos como

el gas, tan necesario para su primordial cliente como es la Unión Europea. Marruecos, hace frente a los conflictos económicos, cuyo desarrollo está causando una fuerte competencia a otros países mediterráneos como es el caso español. No obstante, no podremos perder de vista la situación actual por la que atraviesa la sociedad marroquí desde el ascenso al trono del actual monarca Mohamed VI. En resumidas cuentas, podemos decir que los países del Magreb en el presente hacen un esfuerzo por superar las reticencias a la modernización empresarial, la corrupción en la utilización de los fondos públicos, por alejar del poder a sus «mafias» locales, etc., todo ello en favor de la introducción de reformas. Y además, es responsabilidad de los gobiernos favorecer la estabilidad social y política de los países con el fin de atraer a las inversiones europeas a sus territorios. Éste debe ser un ámbito en el que hablemos de intereses comunes.

En materia política, el principal reto que se ha planteado al mundo árabe ha sido la siempre maltrecha unidad. No han sido pocos los intentos que ya han tenido lugar a lo largo de la Historia, pero quizás los años noventa fueron muy distintos. Sólo tendremos que empezar por recordar la brecha originada por la guerra del Golfo y sus efectos sobre el sentir del pueblo árabe. Las fisuras ocasionadas por la «causa iraquí» no se han cerrado, cuando los habituales contenciosos del Oriente Próximo se vuelven a agudizar una vez más. En este panorama la Unión Europea ha podido desempeñar un papel limitado. Es más, este «desconcierto» internacional podría haber perjudicado a Europa, si tenemos en cuenta que ha favorecido el ascenso de Estados Unidos como potencia hegemónica del mundo al iniciarse el nuevo milenio.

En cuanto a nuestros vecinos del Mediterráneo, observamos que desde hace años, y en parte como consecuencia de lo que estamos comentando, se viene sufriendo una crisis de identidad enorme, en la que hace mella la mencionada falta de unidad entre los árabes. Podemos comprobar sus efectos en los distintos ámbitos. La economía de la región se mantiene por el índice de exportaciones e importaciones hacia y desde Europa, su principal comprador y suministrador. Los intentos de construir un mercado común entre los Estados árabes, siempre se ha visto entorpecido por las diferencias y rivalidades políticas entre ellos. Por otro lado, la vinculación con los Estados del Golfo, cuando temporalmente ha existido, se ha debido más a un sentimiento de «nación árabe», la (*umma*) o a un sentimiento religioso (Jerusalén: lugares santos del islam), que al hecho de proyectar una política regional común. Muy lejos de esto, la división entre ellos ha sido más característica que la situación contraria.

Mientras el Oriente Próximo, tenga que hacer frente a la creación de un Estado palestino, toda esta zona en concreto y el Mediterráneo en general, estarán amenazados por el estallido de la violencia con sus consecuencias, no sólo políticas, sino también económicas, como estamos viendo estos días en Europa a causa del encarecimiento del precio del petróleo. Como ya había sucedido con la guerra del Yom Kipur en 1973, la economía se usa como arma política.

En el Magreb, la Unión del Magreb Árabe (UMA) que nació como reacción al impulso unificador europeo de los años ochenta, hasta el momento ha tropezado con frecuentes contradicciones internas que debilitan la organización. De entrada como hemos comentado, hay una cierta tendencia al «divorcio» entre un Magreb periférico, que incluiría Libia y Mauritania –por causas claramente distintas–, y el Magreb central con Marruecos, Arge-

lia y Túnez, que podríamos considerar desde esta orilla el «Magreb del consenso». En cualquier caso, incluso entre estos Estados existen factores que acentúan el desequilibrio tanto entre ellos, como en el eje Norte-Sur. Tales factores son los problemas internos de Argelia, el afán de protagonismo político en la región y respecto a Europa de Marruecos, o bien, las singulares condiciones que caracterizan a Túnez. En este sentido el esfuerzo de la Comunidad Europea ha sido enorme, puesto que es necesario reconocer esta realidad plural y considerar a cada uno de estos países particularmente sin ser causa de agravios entre ellos. Para esto es necesario no sólo el conocimiento del Magreb desde el exterior, sino también la política interna y la consideración que de las autoridades se tiene en la región.

Por su parte el Magreb, debe fomentar y afianzar su voluntad de mantener sus propios principios de unificación y entendimiento en los litigios políticos y fronterizos que persisten, como es el caso de la República Árabe del Sáhara Occidental. Cuestión que ha pasado prácticamente una década esperando la aplicación del Plan de Paz, aprobado por Naciones Unidas en 1991. La lista de agresiones en el norte de África ha sido larga desde que estos Estados alcanzaran su independencia, a pesar de las declaraciones de buena vecindad y acuerdos establecidos entre ellos, que no han sido pocos. Además, hay que tener en cuenta no sólo los enfrentamientos directos, sino las repercusiones inmediatas que provocan, obligando a tomar posturas definidas a terceros países. Recordemos que el Magreb no sólo tiene su organismo de unidad interna como es la UMA, sino que además sus conductas afectan a las de la Liga Árabe y a la Organización para la Unión Africana (OUA).

En lo que se refiere a la relación Magreb-Europa, la última década del siglo xx se ha caracterizado por una mayor clarificación. Quiero decir con esto, que a pesar de que los países europeos hayan mantenido sus diferentes relaciones bilaterales con los diferentes países magrebíes, a la hora de plantear y resolver problemas se ha pretendido no confundir «lo comunitario» con «lo bilateral». En otras palabras, las circunstancias del pasado histórico, sumadas a los cambios que de por sí viene realizando el Magreb, van dejando de ser determinante para los vínculos en el futuro, puesto que las orientaciones políticas y voluntades se están renovando de cara a objetivos comunes entre las dos riberas. Tengamos por caso, cuestiones estructurales que Marruecos mantiene con España, análisis del que ahora no es momento, no se pueden convertir estas circunstancias en acicates para la falta de entendimiento con la Comunidad Europea en su conjunto.

Otro de los grandes desafíos políticos del Magreb, esfuerzo que con mejor o peor resultado no se puede negar que al menos existe, es su decidido camino hacia la ruptura de la unidad ideológica en aras de la pluralidad política. Los gobiernos están poniendo medios para favorecer «vías de democratización», siguiendo los modelos occidentales o a través de la configuración de modelos propios, pero en ningún caso el fin debe ser distinto. El sentimiento de frustración política entre la población magrebí, especialmente los jóvenes con formación académica, es importante. Mientras no haya vías de expresión múltiples y garantías de ello, el Magreb seguirá siendo un auténtico caldo de cultivo para los conflictos sociales. De esta realidad, quien más consciente se ha mostrado ha sido Mohamed VI de Marruecos, pero hoy por hoy, nos falta todavía distancia en el tiempo para poder valorar esta vía de reformas que ha emprendido el joven monarca.

En materia social destaco algunos aspectos. El primero de ellos es una cuestión interna al sur del Mediterráneo. La tasa de crecimiento es elevada en proporción a las capacidades económicas con las que cuentan estos países. La cifra es diferente en cada caso, pero sí es una previsión general la necesidad de disminuir la natalidad, condición imprescindible si se pretende alcanzar un grado de prosperidad, que permita paliar las «bolsas de pobreza» existentes. Es responsabilidad de las autoridades insistir en la formación y concienciación de la población en este sentido. Ya existen centros de planificación familiar en muchos casos.

En esta reflexión de cara al nuevo milenio, no se puede olvidar la necesidad de combatir entre la población árabe el analfabetismo, que todavía cuenta con altos índices, circunstancia que afecta especialmente a la mujer. Por este motivo, junto a ello la necesidad de poner los medios para que las mujeres puedan contar con sus derechos en el seno de la sociedad, no sólo en lo legislativo, sino en su aplicación como una opción real. Este hecho es bastante desigual de unos países a otros. No es comparable, por ejemplo, la posición social de la mujer tunecina urbana y formada en universidades, cuya promoción además ha sido tomada y explotada como símbolo de progreso, con la de la mujer del sur marroquí, o la siria. Éste es otro de los desafíos todavía pendientes y habrá de alcanzarse tanto desde la propia sociedad árabe como desde la cooperación cultural.

Otro aspecto en lo social, y esta vez vuelvo a la relación con Europa, es la emigración. En los últimos tiempos el fenómeno afecta a España muy especialmente. En este asunto los avances han de venir del norte del Mediterráneo. No se puede hablar de voluntad de «cooperación» y «seguridad» construyendo una barrera infranqueable, diría yo que para algunos una especie de «cordón sanitario». Lo primero para entenderse, es tener coherencia. Hay muchos motivos sociales, económicos, políticos o psicológicos que llevan a una clara revisión en este sentido. La Ley de Extranjería es uno de los grandes debates en las sociedades europeas en su conjunto, no sólo en España que es uno de los «países frontera» con el Sur, sino también en otros países que reciben inmigrantes de regiones del este europeo, o bien, por el hecho de la libre circulación de personas desde la entrada en vigor de los Acuerdos de Schengen.

Lo más importante de todo, es que al hablar de inmigración estamos hablando de derechos humanos, de principios universales que protegen la dignidad del individuo. Los países ribereños por su historia deberían ser especialmente sensibles a esta circunstancia. Hasta el momento los aspectos positivos de la emigración en muchos terrenos quedan olvidados. Europa insiste en una actitud defensiva que no lleva a ninguna parte. Al mismo tiempo es cierto que no se pueden ignorar las dificultades en esta materia. Entre ellas quisiera resaltar la «competencia migratoria», que poco a poco se está generando y en la que el Magreb concretamente tiene mucho que perder, frente a una relativa afinidad cultural de las corrientes procedentes de Europa Oriental. A la discriminación ya existente respecto a los países iberoamericanos, progresivamente se suma la del Este a raíz de los conflictos de aquella región. Tampoco ignoro que la solución no pasa únicamente por el hecho de abrir las fronteras indiscriminadamente al Sur. Hay que buscar salidas en el desarrollo interno de los países, en todos los aspectos que venimos exponiendo. Pero mientras esto ocurre, hay que resaltar que debemos evitar convertir el mar Mediterráneo en un «gran foso» como señala Bichara Khader.

Un capítulo aparte lo constituye el llamado «fundamentalismo islámico». Necesitaríamos un trabajo completo para poder abordar este tema. Es evidente que es uno de los factores condicionantes en la relación Europa-Mediterráneo árabe, puede convertirse en el más importante de todos. Hace falta aclarar que en la mayoría de las ocasiones, el conocimiento de los movimientos islamistas se limita a sus manifestaciones externas. Esto provoca que nuestra versión difiera de la versión árabe-musulmana sobre el asunto. Parte del islamismo tiene su origen en los problemas económicos y sociales esencialmente, pero no debe olvidarse por completo su componente político. Hay sectores islámicos que aspiran a la ocupación del poder para introducir reformas y utilizan la religión como medio de identificación y atracción de las masas populares. Quiere esto decir que la solución a algunos de los «fundamentalismos» ha de pasar, si no definitivamente al menos sí en gran medida, por la solución a los aspectos que en todos los terrenos hemos mencionado anteriormente. Aquí hay sin duda una responsabilidad magrebí propiamente dicha, que no podrá contar más que con la voluntad de consenso árabe.

Pero conviene detenerse un momento en un punto que afecta nuevamente a la orilla norte. Es una responsabilidad de los gobiernos y los medios de comunicación, especialmente en el uso del lenguaje, entender y diferenciar los movimientos islamistas en su contenido real, y mucho más, desterrar la identificación que en ocasiones se puede percibir del hecho de ser musulmán con el de ser fundamentalista. No se puede inducir a la opinión pública a conductas de rechazo generalizado hacia los países del Sur, que no son sino el resultado de las malas interpretaciones. Un análisis superficial, que suele ser frecuente, lleva a confusiones graves que alejan más que acercan, a veces insuperables.

Conclusiones

Por concluir esta reflexión, insisto en la importancia que el Mediterráneo ha adquirido en el marco internacional. Europa en esta última década puso en juego su credibilidad política en los conflictos del Este, ahora no tiene más remedio que entenderse en el Sur. El Mediterráneo árabe por su parte, es cada vez más consciente del caos al que puede conducir no encontrar auténticas fórmulas para la cooperación. Por este motivo, hablar de seguridad y estabilidad para Europa al comenzar el nuevo siglo, es hablar del mundo árabe y viceversa. Debe seguir insistiéndose en la conclusión de un «acta mediterránea» a modo de código de obligado respeto, que preserve al menos la voluntad de mantener estos principios.

En este sentido, al margen de los defectos y su necesidad de mejora, no debe retrasarse, y mucho menos bloquearse, lo que ha venido a identificarse como Proceso de Barcelona. Los polémicos resultados de la Conferencia de Marsella de noviembre de 2000, deberían haber marcado un cambio definitivo en las relaciones mediterráneas. Lamentablemente no ha sido el mejor momento para la confianza mutua entre los países ribereños. Los acontecimientos del Oriente Próximo nos han envuelto en un contexto, en el que todavía está por ver hacia dónde nos llevarán las circunstancias.

Es obligado ser claro y contundente en las afirmaciones, porque desde este modesto análisis internacional, estoy convencida de que hay muchos motivos de preocupación

para el futuro. Muy lejos de querer incitar al alarmismo, finalizo recordando que no vivimos en una época de euforia internacional y cada vez asistimos a una mayor demostración de que los grandes proyectos no son garantía de la «cultura de la paz» si no se convierten en hechos. Si en los años por venir queremos seguir manteniendo el Diálogo Mediterráneo, no queda más remedio que evitar las declaraciones universales de buena voluntad y mirar el presente con la autenticidad y empeño que la construcción del futuro requiere.